

Señoras y Señores.
Amigas y amigos.

Es un honor para mí recoger hoy el Primer Premio Miguel Hernández, que se hace entrega al Centro de Educación de Personas Adultas “Isabel de Segura” de Teruel en la convocatoria de 2005.

Quiero en primer lugar dar la enhorabuena a todos los premiados y agradecer, en nombre del Centro, al Ministerio de Educación y Ciencia y al Jurado del Certamen, lo felices que nos hacen al otorgarnos esta distinción. Es un reconocimiento que estoy seguro merecen tanto como nosotros otras muchas actuaciones en su lucha en el campo de la alfabetización de personas adultas y en la educación de grupos socialmente desfavorecidos.

Por otra parte, no tenemos la exclusividad de este galardón: el Departamento de Educación del Gobierno de Aragón, el Ayuntamiento de Teruel, la Diputación Provincial, la Sociedad Municipal Urban, los Servicios Sociales del Ayuntamiento, la Comisión del Centro Penitenciario de Teruel, más un largo etcétera de personas, forman parte de este puzzle que constituye nuestro proyecto educativo.

Un Centro de Educación de Personas Adultas tiene la magia de particularizar las carencias formativas y las necesidades educativas más básicas, en personas con nombre y apellidos, con necesidades e intereses concretos. Son personas que viven fundamentalmente para dar un sentido a sus vidas, que quieren retomar la iniciativa de ser alguien, de ser los protagonistas de su propia historia, personas con derecho a una oportunidad.

Nuestra experiencia en la alfabetización de colectivos desfavorecidos ha tratado de encontrar una forma no muy diferente de hacer. Para nosotros lo importante siempre han sido las personas; ayudar a los alumnos a poner en orden sus ideas y a elaborar un nuevo proyecto personal.

Hemos presentado 18 acciones que venimos realizando unos años atrás, 18 acciones que se plantearon como 18 razones. En realidad la labor ha sido de lo más sencilla, nos hemos limitado a dar respuesta a situaciones de una sola persona, limitaciones que más adelante ya afectan a unos pocos y, finalmente, a un colectivo lo suficientemente importante como para entender el problema. Y cuando digo que ha sido fácil, me refiero a que hay que conocer Teruel. Teruel se nos presenta como una tierra sola, olvidada, llena de desiertos y de viejos; pero a su vez, su pequeñez hace que el trato con las personas sea de una inmediatez brutal. Es muy frecuente hablar en plena calle con el inmigrante, con la gitana o con el preso y su situación o su problemática personal y concreta te está esperando.

Naima, una mujer marroquí, me cuenta que no puede asistir a las clases de español porque tiene tres hijos; dos de ellos van a la escuela y el tercero debe cuidarlo en su casa. No puede pagar una guardería. Un tiempo después Naima entra con sus hijos por la misma puerta de la escuela; por las tardes recibe clases junto a otras madres inmigrantes. Se habilita un servicio de guardería para su pequeño Rachid y para otros pequeños más.

Masaki ha escrito unos cuentos en suahili; los ha traducido al español; los hemos trabajado en el aula, incluso los ha visto publicados en el Diario de Teruel y ahora, junto con otros, forma parte de una publicación los “Cuentos sin fronteras”. Está contento, se siente incluso importante y piensa en enviar un ejemplar a Tanzania, a su hermana.

Mustapha Bassin está llevando una orientación sociolaboral personalizada. Mohammad Boussous viene a aprender español los fines de semana porque trabaja fuera. Nicoleta, una Rumana inquieta, asiste a los talleres de cultura y costumbres de aquí.

Maruja, animada por la asistente social, cuando no se dedica a la venta ambulante, asiste a las clases de costura, o de cocina. Y su hijo Enrique, que nunca ha querido estudiar, procura no faltar a sus clases de carné de conducir. Su mujer, Encarna, de sólo dieciocho años ya ha perdido el miedo al ordenador.

Mientras tanto, en el Centro Penitenciario, un grupo de internos rodean una pequeña televisión; les gusta Amelie, hoy hablarán de autoestima. Otros leen en el patio “El Escondite Inglés”, dentro de quince días podrán charlar con Miguel MENA, su autor. En otra de las aulas del talego, Peter da clase de inglés a sus compañeros, mientras en los pasillos el grupo de prensa se afana por ultimar la exposición sobre periódicos de España que ellos mismos han preparado.

18 razones, 18 acciones que convierten en cotidiana nuestra labor de aprender, porque si algo ha llenado nuestro interior ha sido la satisfacción de conocer a estas personas y la gran cantidad de cosas que nos han aportado. Podríamos concluir que el propio concepto de analfabeto es tremendamente injusto: Masaki tiene un conocimiento de las plantas medicinales que posiblemente no tengamos ninguno de los que estamos aquí, Aurel ha visitado más de veinte países y Juan sabe de memoria todas las canciones del Camarón; además de tocar la guitarra como pocos.

Y antes de finalizar quiero decir que peor que el analfabeto que no sabe leer ni escribir, es el analfabeto que no sabe compartir, ni respetar, ni tolerar. Por ellos hay que buscar 18 o cien razones para alfabetizar: alfabetizar para el aprendizaje y la ilusión, para la participación y el desarrollo, para la igualdad, la integración, la inclusión y, por qué no, para la libertad; alfabetizar contra la intolerancia, contra la discriminación y contra la represión. Y permitidme que acabe con un cuento que una chica de China ha escrito para la ocasión. Se titula ZHANG LIANG ENCUENTRA A SU MAESTRO y dice así:

“Hace ya muchos años, en un lugar muy lejano, en China, había un niño que se llamaba Zhang Liang. A este niño le gustaba mucho estudiar y todos los días leía de los libros. Era un niño muy aplicado.

Una vez, encontró a un profesor anciano, muy sabio y con muchos conocimientos, que estaba sentado en un puente. Inmediatamente, Zhang Liang le preguntó al anciano: “Profesor, ¿quiere usted ser mi maestro?”. El sabio profesor miró al niño e intencionadamente tiró un zapato bajo el puente y dijo, dirigiéndose al niño: “¿Podrías tú recoger el zapato?”. El niño corrió todo lo rápido que pudo, cogió el zapato y se presentó frente al profesor; se inclinó ante él y le dijo: “Aquí está su zapato, maestro”. El profesor tomó el zapato en sus manos y, enseguida, volvió a dejarlo caer bajo el puente. Del mismo modo que había hecho en la ocasión anterior, Zhang Liang fue a recogerlo y, de nuevo, lo presentó ante el sabio anciano.

Cada vez que el niño llevaba el zapato al anciano, éste repetía la acción y dejaba caer el zapato.

Al final, el profesor permitió a Zhang Liang ser su discípulo y le dijo: “Querido Zhang, sólo quería comprobar si tenías suficiente tenacidad, firmeza y constancia para poder aprender”.

Este relato viene a cuento de la perseverancia que tenía el protagonista por encontrar a su maestro. Nosotros, maestros, debemos tenerla para encontrar las personas necesitadas de aprender. Perseverancia contra la ignorancia; perseverar, en definitiva, para alfabetizar.

Muchas gracias.